

Espigando en la Biblia a la luz del Concilio

La Iglesia «Esposa de Cristo»

Es una quinta figura que nos presenta todavía el Concilio, tomada de los "esponsales": símbolo bello y altamente expresivo sobre la naturaleza íntima de la Iglesia, que "ya se vislumbra en los libros de los profetas" (LG., n. 6).

El creador de esta idea en Israel fue el profeta Oseas (s. VIII a. C.), el cual reemplaza la idea de la primitiva alianza, establecida en el Sinaí entre Dios e Israel, por esta otra referente al "matrimonio", que expresa un grado de unión más estrecho entre Dios y su pueblo, una compenetración cordial más profunda, más definitiva y más amorosa por parte de Dios. El amor que siente Dios por Israel lo presenta Oseas bajo el símbolo del amor conyugal y, en consecuencia, las idolatrías de los Baales y pecados de su pueblo merecen el calificativo de "adulterio", cual verdaderas infidelidades de la esposa. En el capítulo segundo, por ejemplo, refiriéndose a esta "infidelidad conyugal" de Israel, habla así el profeta, brindándonos, según se expresa un autor, "una de las más bellas páginas de la Biblia" (Paul de Surgy):

¡Acusad a vuestra madre, acusadla, porque ella ya no es mi mujer, ni yo soy su marido! ¡Que quite de su rostro sus prostituciones y de entre sus pechos sus adulterios! No reconoció ella que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite virgen, quien multiplicaba para ella la plata y el oro, con que se hicieron el Baal. Haré cesar todo su regocijo, sus fiestas, sus novilunios, sus sábados y todas sus solemnidades. La visitaré por los días de los Baales, cuando les quemaba incienso y se ataviaba de su anillo y su collar para irse detrás de sus amantes, olvidándose de mí, oráculo de Yahvé. Por eso, he aquí que yo cierro su camino con espinos, la cercaré con seto y no encontrará más senderos; perseguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Y entonces dirá: "Me iré y volveré a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora". Por eso la voy a seducir: la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y equidad, en amor y compasión, te desposaré, y tú conocerás a Yahvé" (2, 4-22).

He aquí un lenguaje crudo, repleto de símbolos y de expresiones realistas mediante las cuales se querella Yahvé del amor despreciado, pero que no se atreve a odiar, sino que, por una serie de castigos, trata de atraer a la esposa infiel —su pueblo de Israel— cosa que consigue, volviéndola a recibir y colmándola de bienes.

La misma idea, matizada con nuevos símbolos y expresiones, será repetida por los profetas Jeremías (3, 6-12), Ezequiel (cap. 16 y 23) y por el Déutero-Isaías (50, 1; 62, 4-5).

Esta imagen aparece también en el Nuevo Testamento, anunciada primeramente por Juan el Bautista, solemnemente proclamada por el mismo Jesús con diversas locuciones y parábolas con las que se afirma "el esposo", hermosamente repetida luego por San Pablo, quien a la vez la enriquece con sublimes reflexiones teológicas y místicas, siendo, por último, cantada proféticamente por San Juan en su Apocalipsis.

"Es el esposo quien posee a la esposa", clama el Bautista refiriéndose a Jesús y a su reino, la Iglesia, experimentando él viva alegría como "padrino de bodas, que está para asistirle y atenderle" (Jn. 3, 29-30).

A esta misma imagen o figura se refiere igualmente Jesús, respondiendo a los discípulos de Juan, admira-

dos de que los discípulos de Jesús no ayunaban al igual que ellos y los fariseos: "¿Pueden acaso los invitados a las bodas estar con cara mustia mientras está el esposo con ellos? Ya vendrán días en que se les quitará el esposo y entonces ayunarán" (Mt. 9, 15). Más tarde, hacia lo último de su ministerio apostólico, nos expone la gran parábola de las bodas reales, en la que de una manera clara e inequívoca se afirma Jesús el Hijo del Rey para cuyos desposorios le prepara unas bodas a las que invita a todos, ofreciéndonos una grandiosa visión del "reino de Dios" a lo largo de su peregrinar acá en la tierra: Israel en la Antigua Alianza y la Iglesia en la Nueva, con la que Cristo se desposa con vínculo indisoluble y eterno (véase Mt. 22, 1-14).

San Pablo, por su parte, se complace en acentuar los estrechos vínculos existentes entre Cristo y la Iglesia, su esposa, por la que se entregó para hacerla pura, santa e inmaculada. Escribiendo a los Corintios y aludiendo a cuanto le costó sufrir para fundar y mantener fiel aquella comunidad cristiana, les dice que él mismo se ha constituido en parainfo o padrino de bodas, que va a cercar la esposa para llevarla pura a su esposo, Cristo: "Sabed que tengo celos de vosotros —les dice—, pero celos a lo divino. He hecho lo posible para desposaros con un solo esposo, para llevaros como casta virgen a Cristo" (II Cor. 11, 2). Y en su carta a los Efesios, al hablar de los deberes de los cónyuges cristianos, nos brinda el Apóstol una profunda reflexión teológico-mística sobre las relaciones entre Cristo y la Iglesia, su esposa, de cuyo desposorio la unión entre marido y mujer no es más que un símbolo o "gran sacramento":

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Gran sacramento es este, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia" (5, 25-32).

Tenemos aquí asentada también una profunda razón teológica acerca de la superioridad de la "virginidad consagrada" (celibato sacerdotal, etc.) sobre el matrimonio, toda vez que, mientras éste se mantiene en el símbolo, aquella se enraíza en la misma realidad significada por el sacramento o símbolo.

Toda esta bella y expresiva imagen de los desposorios de Dios con su Pueblo, de Cristo con su Iglesia, nos la resume la Biblia hacia el final de su mensaje de salvación, mediante aquella grandiosa visión de San Juan en el Apocalipsis, con la que termina la misión de la Iglesia, luchando y en continuo esfuerzo de fidelidad y de reparación acá en la tierra, para abismarse en las "eternas bodas del Cordero sin mancha":

Luego vi un cielo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Entonces vino uno de los siete Angeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: "Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero". Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, Y TENIA LA GLORIA DE DIOS (21, 1-11).